

COMPRE USTED MAÑANA  
el núm. 9 de la original publicación  
semanal de

**BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA**  
**LA NOVELA ÍNTIMA**  
**CINEMATOGRAFÍCA**

Contiene la biografía de la célebre  
artista española

**RAQUEL MELLER**

Numerosos datos y fotografías  
Regalo de una estupenda postal

Precio popular: 35 cts.

**ÉXITO ENORME**

La exclusiva de venta de nuestras publicacio-  
nes la tenemos cedida a la **Sociedad**  
**General Española de Librería,**  
**Diarios, Revistas y Publicacio-**  
**nes, S. A.** — **Barbará, 16, BARCELONA.**  
**Ferraz, 21, MADRID, y Ferrocarril, 20, IRÚN.**

E. VERDAGUER MOÑERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFÍCA

N.º 173

25 cts.



LOS  
MARIDOS  
DE EDITH

POR  
REGINALD DENNY,  
LAURA LA PLANTE,  
ETHEL GREY TERRY,

**Filmoteca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 173


## LOS MARIDOS DE EDITH

Preciosa comedia de gran interés,  
interpretada por los célebres artistas  
RÉGINALD DENNY, LAURA LA PLANTE,  
ETHEL GREY TERRY, LEE MORAN,  
RICHARD TUCKER, BETTY MORRISEY,  
etc.

«UNIVERSAL» Joya

EXCLUSIVA DE  
Hispano-American Films, S. A.  
Valencia, 233 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
EVELYN BRENT



# Los maridos de Edith

---

Argumento de la película de dicho título

---

I

El Hotel Avon de Nueva York, uno de esos amables refugios de millonarios, triunfadores, aventureros y mujeres elegantes, tenía aquel día como cliente a Terry Brock, joven arquitecto a quien sonreía la fortuna y que se encontraba en la ciudad disfrutando de unos días de descanso, después de largos meses de trabajo pasados en lejana factoría.

Terry Brock habíase acomodado ante una mesa del *restaurant* de verano del Hotel Avon, dispuesto a gozar de las delicias de un buen almuerzo, cuan-

do un jardinero descuidado dirigió contra él la manga de regar.

Aquello fué una ducha, algo peor, un chaparrón. Terry se levantó con ánimo de castigar al jardinero, acudieron los empleados del hotel a ofrecerle mil disculpas, y Terry, rezumando agua, volvió a sentarse.

La mirada de un nuevo cliente del Avon, que entraba en aquel momento en el comedor, se fijó en mister Brock, y una sonrisa dilató su rostro.

Era Ricardo Medcroft, arquitecto también y poderoso contratista de obras, íntimo amigo de Terry, de quien le separó, al acabar los estudios, la lucha por la vida.

—¡Al fin!—dijo Medcroft adelantándose y poniéndose delante de su amigo—. Por una casualidad he sabido que estabas aquí y he corrido a verte... ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos! Pero...

Se interrumpió al observar el aspecto del mojado Terry.

—¿Qué es eso? ¿Quién te puso así?

—Una manga de riego, sólo una manga—contestó Terry.

—Precisamente—añadió Ricardo—este encuentro es providencial. Quiero confiarte un asunto de mucha importancia... Salgamos, si te parece.

—Me parece bien; iremos a mi casa, y mientras me cambio de ropa, me dirás lo que tengas que decirme.

Poco después, los dos amigos llegaban a la habitación de la pensión en que vivía Brock.

Terry comenzó a cambiarse de ropa y Ricardo expuso su asunto.

—Para llevar a buen fin el negocio más importante de mi vida, necesitaría estar en Washington y en California a la vez.

Esta declaración produjo la natural sorpresa a Terry, que resoplaba tratando de sacarse la camisa.

—Más que el dinero, entra en este asunto el orgullo de mi nombre... ¡Necesito que tú me ayudes!

—¿Puedo saber qué misterio es ése y en qué puedo ayudarte?

—Necesito que la empresa constructora rival de la que yo dirijo, crea que estoy en California. Jackson y los suyos se preparan para llevarse el nuevo concurso de construcción de edificios públicos; cuentan con auxiliares poderosos...

La perplejidad de Terry iba en aumento.

—Explicáte de una vez. ¿Qué quieres de mí?—preguntó.

—Ahora te lo diré... Si mis contrarios creen que abandono mis pretensiones al concurso, presentarán, confiados, una oferta cualquiera, seguros de ganar... Pero si tú me ayudas, presentaré mi pliego a última hora y me llevaré la concesión.

—Pensaba regularme con unos días de descanso—dijo Terry.

—No temas; no tendrás que hacer nada... Si eres el compañero de nuestros tiempos de estudiantes, no vacilarás en llamarte Ricardo Medcroft por unos cuantos días y tomarás hoy mismo el tren de California.

—Eso es grave.

—Mucho... ¿Puedo confiar en tí?

Terry permaneció unos momentos indeciso, y tendió la mano a su amigo, que se la estrechó con fuerza.

—A media noche sale el último expreso. En la estación te esperaré con los billetes—concluyó Ricardo—. No te olvides.

Terry inclinó la cabeza, y se sacudió el cuerpo, todavía húmedo, como un pollo pasado por agua que sacude sus plumas después de haberse dado un paseo bajo la lluvia.

\*  
\* \*  
\*

Un cuarto de hora antes de media noche, Medcroft se pasaba impaciente, esperando a mister Brock.

Miró el reloj. ¡Las doce menos diez!

—¡Ese hombre!—exclamó Ricardo.

Trascurrieron cinco minutos, un minuto más, y cuando Medcroft ya se iba a dar a todos los diablos, apareció su amigo.

—¡Pronto! El tren va a partir. Toma esto.

Terry cogió el sobre que le daba su camarada, lo abrió y sus ojos reflejaron un verdadero estupor viendo tantos billetes.

—¿Y para qué estos billetes?—inquirió.

—¿Pero tú te olvidas de que te llamas Ricardo Medcroft y que tienes esposa, una hija de cuatro años y una cuñada que viajan siempre contigo? Edith, mi mujer, está al corriente de todo, y su mayor ilusión es ayudarme en mis empresas.

Aquello era demasiado. Encontrarse así, de pronto, con una familia, sin haber cometido ningún delito, era excesivo.

¿Para qué quería él un: mujer que pertenecía a otro, una cuñada que podía ser fea y pegajosa y una chiquilla, de seguro impertinente y llorona?

Terry volvió la espalda para echar a correr. Por fortuna, Medcroft pudo detenerlo y a fuerza de razones y de puños, lo llevó hasta el tren y lo hizo subir al departamento que le correspondía.

Un poco perplejo, mister Brock sonrió al verse en presencia de la mujer de su amigo, a la que no conocía.

—Lleve ese equipaje a mi departamento—dijo al mozo que le siguió.

—Perdone el señor... Este es su departamento.

Terry miró a Edith que a duras penas podía contener la risa. La situación era desagradablemente embarazosa.

—¿Estás distraído, esposo mío?

La pregunta de la mujer de Ricardo volvió a la realidad a Brock.

No bien se quedaron solos, ella le explicó:

—Cuando fuimos a tomar los billetes estaba todo el tren comprometido... No quedaba más que este departamento. Pero esto no tiene importancia; yo dormiré con la camarera de mi hija.

—Jamás toleraré eso—afirmó Terry, dispuesto a un nuevo sacrificio—. Yo ya sabré arreglarme.

Salió del departamento con muestras claras de disgusto y fué a arrellenarse en uno de los asientos de un coche, cuya limpieza estaba haciendo uno de los empleados del tren, el mismo que le había subido el equipaje.

—¿No va a acostarse el señor?... He de acabar de limpiar esto.

Mister Brock se levantó, dió unas cuantas vueltas por el coche, seguido del mozo, a quien aquella conducta llamaba poderosamente la atención, y volvió a sentarse en la butaca que acababa de dejar.

El empleado lo contempló en silencio.

—He tenido ciertas diferencias con mi esposa y quiero dormir aquí—dijo de pronto, para librarse de la curiosidad del mozo.

—¡Ah, sé lo que son estas cosas!—exclamó el otro—. Pero yo nunca tengo voluntad para castigar así a mi mujer.

Aquello era entrar en el terreno de las confianzas y de las confidencias, y para salvarse de unas y otras, míster Brock se volvió en su asiento y cerró los ojos.

Naturalmente, durmió poco y mal, y en las primeras horas de la mañana, rendido de sueño, se dirigió al *restaurant* del tren.

Estaba medio dormido, pero se irguió y arreglóse el nudo de la corbata al ver entrar una jovencita deliciosa que tomó asiento en otra mesa.

La jovencita se llamaba Constanza Fowler y era hermana de Edith, o sea la cuñada que su amigo le había anunciado.

Por supuesto, él no sabía esto. Cuando él subió al tren la noche anterior, Constanza ya se había acostado.

Y con los ojos muy abiertos, sonriendo prometedidamente, no se cansaba ahora de mirarla.

Vino a interrumpirlo la camarera de Edith, que traía a una niña de la mano.

—Ese señor es tu nuevo papá—dijo la camarera a la pequeña.

La chiquilla se encaramó a las rodillas de Terry, le enlazó los brazos al cuello y lo saludó:

—Buenos días, papá.

El no tuvo más remedio que dejar hacer, aunque

le desolase la idea de que la jovencita le creyera padre de familia. Al fin, la camarera se llevó a la criatura.

Terry volvió a mirar a la joven y cuál no sería



*La chiquilla se encaramó a las rodillas de Terry, le enlazó los brazos al cuello...*

su asombro al ver que ella se levantaba de su mesa, venía a sentarse a la suya y le decía:

—Buenos días, Ricardo.

—¿Es usted por casualidad otra hija mía?—preguntó él.

—No. Yo soy *tu* cuñada, Constanza Fowler.

—Encantado de conocerla, señorita Fowler.

—¡Por favor!... Me has de llamar *cuñadita*.

—Muy bien. Y... ¿qué me cuentas de nuevo, Constanza?... ¿estás comprometida?... ¿se ha muerto tu novio?... Qué buen tiempo hace, ¿verdad?

La deliciosa cuñada torció el gesto ante aquella avalancha de preguntas.

—Se ve que no has pasado buena noche—dijo un poco huraña.

La muchacha acabó su desayuno y sin decir casi adiós salió del *restaurant*.

Terry se encogió de hombros. Estaba bien la cuñadita. No podía negar que era de su gusto.

Desplegó la servilleta y se dispuso a reparar sus fuerzas.

—La señora desea—oyó decir—que en la próxima estación saque usted el perro y le dé su desayuno.

Abrió los ojos, miró a la camarera que le transmitía el odioso encargo, tomó las galletas que le daban para el perro y murmuró un seco:

—Está bien.

Y antes de que pudiera tomar su desayuno, el tren se detuvo en una estación. Terry tuvo que bajarse e ir en busca del perro, un animalucho lanudo que apenas sabía ladrar.

Convertido en doncella de aquel bicho, sufrió con paciencia las desventuras que le deparaba su suerte.

Para agravar su situación, el tren se puso en marcha sin que él se diese cuenta, y allá fué nuestro hombre corriendo como un loco para poder al-



—Se ve que no has pasado buena noche...

canzarlo. Logró subirse a la plataforma del último coche, donde le esperaban Edith y su hermana, que prodigaron todos sus consuelos al perro.

—Supongo que no te habrás incomodado por esta carrera—le dijo Edith.

Terry procuró sonreír. Pero no pudo. Aquellas palabras se le antojaban una burla.

## II

Después de tres días de viaje, el expreso se detuvo en California, el paraíso de América, punto de destino de Terry Brock y de su postiza familia.

Una hora antes, el policía particular del hotel recibió el siguiente telegrama:

“Telegraffe llegada ésa de Ricardo Medcroft. No le pierda de vista. Jackson.”

Y una hora más tarde, hicieron su entrada en el vestíbulo del hotel nuestros conocidos.

Terry se vió en la precisión de firmar la hoja de entrada, en la que leyó esta advertencia:

“La persona que se inscriba en el hotel con nombre supuesto, será perseguida con todo el rigor de la ley, oscilando las penas entre 500 dólares de multa, tres meses de prisión o ambas a la vez.”

Un codazo de Edith sacó a mister Brock de su indecisión, quien con un temor muy natural puso la firma de su amigo en la hoja.

—Para mí desearía una habitación independiente—pidió, pensando en los tres días de viaje que llevaba sin dormir.

—Imposible... Las habitaciones individuales están todas ocupadas o comprometidas.

Ya en el cuarto—gabinete y dos alcobas—que se les destinaba, Terry sintió la necesidad de protestar.

—¿Estoy, pues, condenado al suplicio del sueño? Las dos mujeres se compadecieron de él y cada



*Las dos mujeres se compadecían de él y cada una lo cogió de un brazo.*

una le cogió de un brazo.

—No te pongas así, querido cuñado—dijo Constanza.

—Puedes dormir en el balcón—observó Edith—y diremos que es por... prescripción facultativa.

Una vez más se resignó.



Mientras las dos hermanas se retiraban a sus habitaciones, Terry trató de estrechar relaciones con la niña.

—Ven aquí con tu papá.

—¡Mi papín es más guapo que tú!—protestó la pequeña.

Aquella observación presagiaba futuras hostilidades.

—Si me llamas siempre *papín*, te compraré todo lo que quieras—prometió él.

Y la promesa era tan tentadora, que la hija de Ricardo se precipitó en los brazos de su nuevo papá para hacerle sentir lo tiránico de su autoritario carácter.

\* \* \*

El mismo día llegó a California un nuevo personaje. Vestía traje de *tennis*, empuñaba una raqueta y le seguía un escuadrón enternecedor de muchachas sin novio.

Federico Ulstervelt se llamaba el nuevo personaje, joven poseedor de cincuenta y seis trajes, noventa corbatas y dueño absoluto de diecisiete co-

razones femeninas. ¡Ah! Y heredero de una fortuna de diez millones de dólares.

Sus ocupaciones consistían en cambiar de traje, de novia y de corbata.

Acompañado de todas sus víctimas, Federico entró en el hotel y dirigióse al encargado.

—Sé que tienen habitaciones comprometidas para los señores de Rodney. ¿Sabe usted si llegan hoy?

La respuesta se la dieron los mismos señores de Rodney presentándose en aquel momento.

Catalina Rodney era el único amor de Federico, cuando no había otra mujer en diez leguas a la redonda.

La madre de Catalina estaba segura de llegar a ser la suegra de Federico. (Había otras dieciséis señoras que creían lo mismo.)

El señor Rodney esperaba también ser suegro de los millones del joven Ulstervelt; y los O'Del-Carneys, amigos de los Rodney y sus compañeros de viaje, esperaban llevar a cabo sus planes de revolución industrial, cuando se hubiesen realizado las esperanzas de Catalina y de los papás de Catalina.

Al ir a firmar en el libro de registros del hotel, Rodney exclamó:

—¡Qué casualidad! Mi sobrina Edith también está aquí. Voy a decirle que deseamos saludarla.

El timbre del teléfono repiqueteó en las habitaciones de la señora de Medcroft.

—Edith... ¿eres tú? Soy yo, tu tío Juan.

Edith se echó las manos a la cabeza, vació y fué a caer sobre Terry.

Constanza, estupefacta, acercóse al aparato.

—Suba a nuestra habitación, tío Juan, y hablabamos un rato.

Luego, volviéndose a su hermana, añadió:

—¿Por qué te apuras? ¿No recuerdas que tío Juan no conoce a tu marido ni de vista?

A los pocos minutos se presentaban los señores Rodney con su hija, acompañados del afortunado Federico, que abandonó a Catalina en cuanto vió a Constanza.

—No he podido olvidar las horas que pasé a su lado el último invierno que estuvo usted en Florida—murmuró Federico en los oídos de la joven.

Terry advirió esta familiaridad y frunció el ceño; pero tuvo que tragar saliva y poner cara sonriente, porque comenzaban las presentaciones.

—Les presento a mi marido—aseguró Edith.

Mister Brock inclinóse amablemente, sometiéndose con aparente impasibilidad a la fiscalizadora mirada de los Rodney.

—Ricardo, es preciso que conozcan a la niña—añadió Edith—. Tráala.

Terry, sumiso, fué en busca de la niña, y oyó con estupor decir a la señora Rodney:

—No puede negarse nunca que las niñas se parecen siempre a sus padres.

De pronto la chiquilla pujó de la chaqueta al desventurado sustituto de Medcroft.

—Quiero que me laves de paseo ahora mismo.

—No, nena. Ahora es imposible.

—Pues si no me quieres llevar, diré que tú no



—Les presento a mi marido.

eres mi...

La mano de Terry oprimió la boca de la pequeña para impedir la catástrofe, y teniendo que los terribles labios infantiles revelaran la verdad, accedió a llevarla de paseo.

En las escaleras, lo alcanzó Federico.

—Ya que sale usted voy a pedirle un favor.  
¿Quiere usted traerme unas flores?

Encima, esto. Terry estuvo a punto de perder la paciencia. Fligió como pudo, prometió traer las flores, paseó a la niña, comprándole todo lo que se le antojó y regresó al hotel cargado de paquetes.

En el camino encontróse con Federico, que se apoderó del paquete más grande, el cual contenía las flores que Brock destinaba a Constanza, sin hacer caso de las que aquél llevaba en la mano.

Brock lanzó una maldición americana y llamó a la puerta de su cuarto.

—Haga entrar a la niña y usted quédese fuera—  
le dijeron desde dentro.

Obedeció, pero cansado de esperar empujó la puerta sorprendiendo a las dos mujeres, que se estaban vistiendo y corrieron a sus alcobas dando chillidos.

La cabeza de Edith asomó furiosa por la puerta de su alcoba.

—Perdóneme...—balbució él.

—No nos venga con excusas y vístase inmediatamente para la comida.

Terry comenzó a vestirse. De pronto sonó una voz:

—Escóndase detrás del biombo... He de ir a la habitación de Constanza.

Terry se escondió. Al poco, la misma voz:

—Vuelva a esconderse.

Luego Constanza fué la que rogó:

—Ricardo, dispéñeme.

La muchacha se detuvo cerca de un centro, donde él dejara el ramo de flores, cogió éstas y las



*El no pudo contenerse y sacó medio cuerpo fuera del biombo.*

acarició aspirando su aroma.

*El no pudo contenerse y sacó medio cuerpo fuera del biombo.*

Constanza se dió perfectamente cuenta de que él la observaba. Rápida volvió la cabeza y se cubrió los ojos viéndole en camiseta.

—¡Qué horror!

No había tal horror. Casi podía asegurarse que a Constanza le parecía muy bien mister Brock, incluso en camiseta. Pero procuraba ocultarlo. ¿Por qué? Nunca se sabe por qué las mujeres ocultan ciertas cosas y descubren otras, en cambio.

Dos golpes hicieron vibrar la puerta.

—Un paquete para usted, Constanza—dijo Terry.

Federico enviaba a su amiga de Florida el paquete de flores que había comprado Brock. Una tarjeta las acompañaba. Decía así:

“Si se acuerda del invierno pasado en Florida, acepte estas flores y engalánese con ellas esta noche. Federico.”

—¡Qué amable es y qué simpático!—exclamó ella.

Y, cogiendo las flores, se retiró a su habitación. Había dejado la tarjeta sobre la mesa. ¿Para qué? No es difícil adivinarlo. Bastaría con ver la mueca sonriente de su rostro, que curioseaba detrás de la puerta el gesto de adustez de mister Brock, en cuyas manos estaba ahora la tarjeta.

Ella sonreía, viéndole a él desesperado. Pero antes de ocultarse, le envió un beso con la punta de los dedos.

Las desgracias se sucedieron aquel día para Terry con una abundancia desconcertante.

Primero fué la niña, que se le llevó el gemelo del cuello, obligando a Terry a bajar al comedor



*Ella sonreía, viéndole a él desesperado...*

vestido de cualquier manera. Después... siguió siendo la niña que apuró su paciencia empeñándose en que le diese de comer. Luego el espectáculo de

Constanza bailando con el idiota de Federico. Más tarde, bailando él con la muchacha, se le soltó una liga.

Y, por último, cuando después de tres noches sin dormir y un día pasado en complacer a la chiquilla, a las señoras y a los rivales, creyó poder descansar acostado en una cama que instaló en el balcón, una tempestad de lluvia lo despertó en lo mejor de su sueño, y para poder concluir la noche, tuvo que resguardarse debajo de una cornisa.

## III

A la mañana siguiente, en el cielo brilló el sol, y el tío Juan, Edith y Constanza vieron a un hombre que, en pijama, hacía gimnasia cogido al antepecho de un balcón.

El gimnasta era Terry, no todavía seco de la mojadura de la noche.

—No mires, hija mía—rogó Edith a su hermana.

Y Constanza abrió los ojos un poco más.

Horas después, antes de la acostumbrada partida de *golf*, Federico se acercó a míster Brock, a

quien el día anterior le pidió que hablase en su favor a Constanza, de la que se decía enamorado.

—¿Le habló usted?—le preguntó.

—Sí.

—¿Y qué? ¿Me quiere?

—Ella se lo dirá.

Seguro de su buena suerte, Federico corrió al lado de la muchacha, a la que invitó a dar un paseo.

Terry los siguió y pudo oír la declaración del impetuoso y apasionado millonario.

—Constanza, desde que me separé de usted el invierno pasado, no dejé de pensar que usted sería la esposa ideal para mí... Lo he arreglado todo para que, si usted quiere, nos casemos mañana mismo.

—Yo no he pensado aún en casarme con usted—declaró ella fríamente.

—Ricardo me dijo que había hablado con usted respecto de nuestro matrimonio.

—Hace mal en creer capaz a Ricardo de arreglar conmigo un asunto de esta naturaleza—replicó Constanza.

Y con paso rápido se separó de Federico.

Al mismo tiempo, Terry reclamaba la atención de Edith diciéndole:

—He de hablar contigo de algo que no admite aplazamiento.

—¿Qué es ello?—preguntó Edith.

—Me pasa lo más grande que puede ocurrirle en

la vida a un hombre. Me he enamorado de tu hermana como un chiquillo.

—Lo sabía, pero haz el favor de procurar que aquí nadie lo sospeche. No olvides que eres mi esposo y, por tanto, no puedes enamorarte de ninguna mujer.

—Pero si callo, llegará un momento... en que tendré que matar a alguien.

Edith se asustó.

—Tú te comprometiste a guardar las apariencias—dijo—. No dejes de hacerlo, aunque sólo sea por la niña.

—El amor no admite dilaciones... Ya estoy cansado de la niña, y como no se resuelva pronto ese concurso, aquí pasará algo gordo.

Mientras hablaban, paseaban a lo largo de la terraza del hotel, y muchos oídos indiscretos se enteraron de aquella conversación que, a los que no estaban en el secreto, tuvo que parecerles inaudita.

Se forjaron las más estupendas noticias, corrieron los rumores más absurdos, y la señora Medcroft, sin comprenderlo, observó que todos la reñaban, negándole incluso el saludo.

\*  
\*  
\*

Días más tarde, los periódicos publicaban la fotografía de Ricardo con motivo del triunfo de su empresa que, gracias a su habilidad, derrotaba a Jackson obteniendo la concesión del concurso.

Con el periódico en la mano, el policía particular se presentó al director del hotel.

—Señor director, he descubierto que la familia Medcroft acaba de incurrir en uno de esos delitos que castiga la ley... Vea usted este periódico.

El director pasó los ojos por el diario y ordenó a uno de sus subordinados:

—Diga usted a la señora Medcroft que haga el favor de entrar un instante.

Edith apareció sonriendo, sin presentir lo que la esperaba.

—Señora Medcroft—dijo el director—, ¿tendrá usted la bondad de decirme dónde está su marido?

—Está en... Acaba de salir a dar un paseo a caballo.

—¿Quiere, entonces, decirme de quién es este retrato?

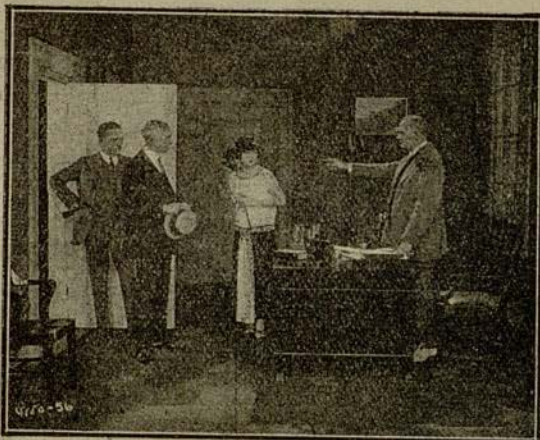
Edith lanzó un grito de alegría al leer el periódico:

—¡Es mi esposo!... ¡Ha ganado el concurso!

—¿Y quién es el hombre que viaja con usted?

—Es... es... ¡Oh!... Mi esposo les explicará *todo esto*. No tiene nada de particular.

—Lo siento mucho, pero hasta que nosotros pon-



—*Lo siento mucho, pero hasta que nosotros pongamos en claro todo esto, la señora quedará reclusa en sus habitaciones.*

gamos en claro *todo esto*, la señora quedará reclusa en sus habitaciones particulares.

Pronto supo Federico la delicada situación en que se encontraba Edith, y, poniéndose de acuerdo con el padre de Catalina y O'Dell-Carneys para de-

cidir lo que convenía hacer, se reunieron en el cuarto del primero.

Mientras tanto, Terry y Constanza, que habían salido a dar un paseo a caballo, se apeaban en un merendero.



—*Por qué se muestra usted tan vehemente?*

La dueña del negocio se les acercó a inquirir lo que deseaban.

—Un poco de te—pidió él.

La mujer se retiró. Hubo un silencio, y Terry, con la boca seca, comenzó diciendo:

--Este refugio me parece un lugar encantado, porque estoy con usted.

—Desde que salimos del hotel no hace usted más que decir tonterías—repuso ella.

—Siento que lo crea así, pero jamás hablé tan sinceramente... La quiero a usted, Constanza.

La muchacha se puso súbitamente seria, pero dejó que su mano se deslizara por la mesa, ofreciéndose a la mano de él.

—Si lo que usted me dice... pudiera yo creerlo...

—¡Estoy seguro de que me cree!

—¿Por qué se muestra usted tan vehemente?

—Porque desde hace unos días no hace usted más que echar teña al fuego con su sonrisa y sus palabras. ¡Dígame que me quiere!

Constanza no dijo nada, sino que le ofreció los labios.

La dueña del mesero interrumpió la caricia con su presencia.

—¡Oh, dispensen!... No hagan caso; yo no oigo, ni veo. Soy ciega, sorda y muda.

Terry se ofendió y se puso en pie.

—Usted no sabe distinguir. Esta señorita será mi esposa.

La viuda lanzó una carcajada.

—Eso es lo que dicen todos.

Terry volvió a sentarse.

—Es necesario—dijo—que esta mujer no dude de nosotros. Vamos a casarnos ahora mismo.

En aquel momento surgió una dificultad. El policía del hotel y dos detectives aparecieron ante los ojos atónitos de Terry.

—Venimos en busca del hombre que dice ser Ricardo Medcroft. Está usted acusado de usar nom-



—Aquí hay algún error... Ese señor es el marido de mi hermana.

bre supuesto y de suplantación... ¿Ve usted a esos hombres? Tienen orden de arrestarle.

Constanza se acercó al policía.

—Aquí hay algún error... Ese señor es el marido de mi hermana.



—¿Y cómo es que hace unos instantes hablaba de casarse con usted?

Aquella pregunta tenía difícil respuesta. Y Constanza vió cómo se llevaban al hombre a quien quería y por el que, aunque no lo dijera, estaba medio loca.

Se apresuró a telefonar a Federico, que completamente borracho, seguía estudiando con sus amigos la manera de ayudar a Edith.

El millonario, mal que bien, se dirigió al juzgado donde obtuvo la libertad bajo fianza de Terry, al que se llevó al hotel y encerró en su cuarto para no perder la fianza.

A todo esto acababa de llegar Ricardo Mederoft.

Constanza, que lo ignoraba, corrió en busca de su novio, y los dos decidieron tomar el barco que salía aquella misma tarde.

Al subir al *auto*, la joven observó:

—No debiéramos marcharnos hasta que se haya puesto en claro todo esto.

—Eso nunca. Que Ricardo aclare el lío que él ocasionó.

Se pusieron en marcha. Poco después, Federico con sus amigos subía a otro *auto* y salía detrás de ellos.

Fué aquel a una carrera bárbara, en que la muerte surgió muchas veces en su camino.

Llegaron al puerto momentos antes de que el vapor levantara anclas.

Ya sobre cubierta, vieron aparecer a Federico con Rodney y O'Dell-Carneys.

—¡Volved!... Ricardo ha llegado y lo ha resuelto todo... ¡Volved!

Gritaban como energúmenos, con tenacidad de borrachos.

¿Pero cómo iban a volver ellos si aquel buque dirigía su proa hacia la felicidad?

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa producción de interesante asunto:

## La mujer que se olvidó de amar

Creación de los célebres artistas:

JAMES KIRKWOOD, MARY ALDEN,  
ELINOR FAIR, etc.

EMOCIÓN — GRAN ÉXITO

Postal-fotografía-regalo: ROD LA ROCQUE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles en toda España.

Precio: 25 cts.

UN ÉXITO ENORME

está obteniendo la preciosa novela

# Teresa de Ubervilles

15° libro de la BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

---

Interesante comedia dramática interpretada por  
BLANCHE SWEET,

CONRAD NAGEL,

STUART HOLMES, etc.

---

Lujosa portada a bicolor. — 64 páginas

Numerosas ilustraciones fotográficas

---

PRECIO POPULAR: 50 CTS.